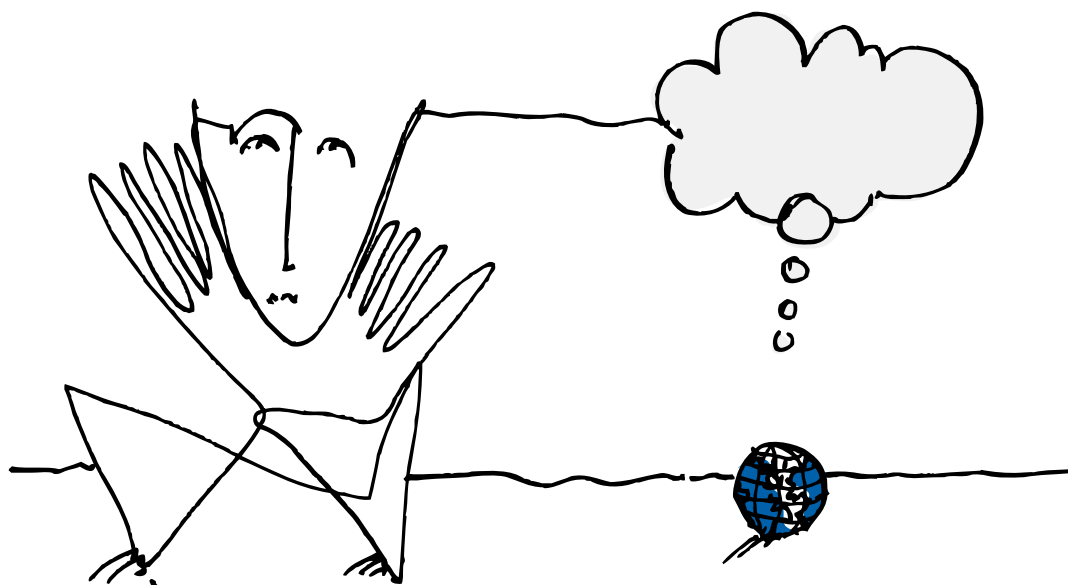


# Nación, región e integración, *México como parte de Norteamérica, Mesoamérica y América Latina*

Macario Schettino



Hablar de integración lleva implícita la aceptación de varios asuntos que merecen ser aclarados. De otra manera, al dejarlos en ese carácter, se corre el riesgo de arrastrar supuestos erróneos, y por lo mismo de llegar a conclusiones lógicas, pero irreales. Integración supone nación, un concepto cada vez más difícil de definir con claridad. Integración indica región, aunque no como punto de partida sino de llegada, pero que agrega más complejidad debido a su todavía menos clara definición.

Ponencia para el Foro "Integraciones diversas: experiencias de intercambio cultural, político y económico entre América Latina con Europa y Norteamérica", organizado por la Fundación Preciado el 22 de febrero de 2008.

## Un problema de definición

Recupero la idea de Benedict Anderson de la nación como una comunidad política imaginaria, y a partir de ello inicio mi argumento. Si las naciones son comunidades imaginarias, su integración, ¿qué es? ¿Creamos con ello una supra-comunidad, o se trata de una asociación de comunidades, aunque suene a oxímoron? Es decir, que no queda claro si una región es una comunidad o una asociación, y esta diferencia no es cosa menor.

Si una región es una comunidad, es entonces necesario que las comunidades que la forman logren una construc-

ción cultural común. Son elementos de esa construcción el lenguaje, la historia, la religión, entre un amplio conjunto de instituciones sociales. Ninguno de ellos, por sí mismo, define a una nación. Se pueden construir comunidades imaginarias con distintos lenguajes y religiones, e incluso con historias diversas. Pero es necesario hacerlo a través de un nuevo conjunto fusionador de instituciones. La comunidad imaginaria es resultado de este proceso.

Como ejemplo, un poco simple, partamos de que un acuerdo comercial o económico entre naciones es un caso claro de asociación de co-

munidades, que puede, o no, convertirse en una supracomunidad. Incluso cuando este paso se logra, la estabilidad no está garantizada. Siguiendo en esta simplificación, podemos referirnos a la Unión Europea de los quince como una supracomunidad, convertida con la última expansión en algo más cercano a una asociación de comunidades.

### **Norte, Meso y Latinoamérica**

América Latina aporta el primer gran conjunto de naciones al mundo, apenas después de unas pocas naciones europeas. Y lo que define la nacionalidad en nuestro continente no es ni el idioma, ni la religión, ni la cultura, sino la simple división administrativa de los últimos tiempos coloniales, división que respondía un poco a circunstancias sociales, pero sobre todo a determinantes económicos: minas, fundos, rutas de comercio.

Es así que nuestras naciones comparten idioma y religión, y la cultura colonial, sobreimpuesta a los rasgos regionales específicos. Así, es necesario un proceso de construcción cultural que dé origen a una comunidad imaginaria en cada nación. En México, este proceso resulta especialmente complicado. No sólo hay que tratar con la diferencia urbano-rural, muy coincidente con la diferencia europeo-indígena, sino además hay que incorporar dos regiones claramente diferentes en su base indíge-

na: Mesoamérica y lo demás, como sea que se llame.

Este corte al interior de la nación no ha desaparecido con el tiempo, aunque podría argumentarse que se ha atenuado. Sin embargo, es igualmente posible argumentar que hay una mayor coincidencia en la base cultural entre el sur estadounidense y el norte mexicano que entre éste y Mesoamérica. Es incluso posible imaginar un mapa cultural con centro en la antigua región de los Pueblo, que se va diluyendo hacia el territorio estadounidense creado con la colonización moderna, pero también hacia el altiplano mexicano. Esa zona comparte la construcción imaginaria mexicana, pero mantiene una propia, tan fuerte como la de cualquier otra zona cultural en México, pero con la muy importante diferencia de que no proviene de la base mesoamericana. Así, tal vez México no sea una sola comunidad imaginaria sino la asociación de dos diferentes comunidades, débilmente unidas por algunos trazos históricos.

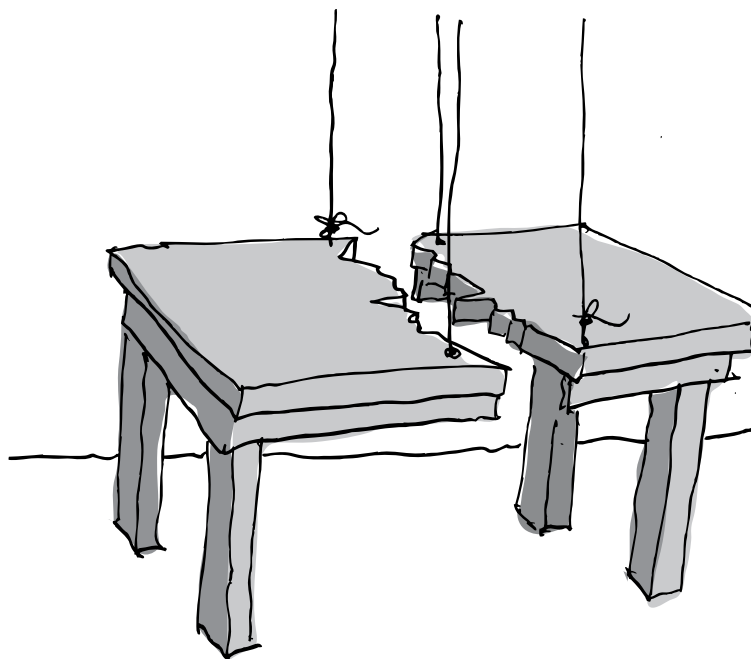
Por el contrario, hacia el sur, Mesoamérica no termina en el Suchiate, sino en el Darién. Sin embargo, por las divisiones administrativas coloniales resulta que esta zona está dividida en seis naciones, sin contar a Belice. Estas naciones comparten lenguaje, religión, historia y cultura, por lo que su separación resulta poco razonable. Más cuando se incorpora en el análisis la potencialidad económica.

México tiene entonces grandes coincidencias con las naciones centroamericanas, como que todos formamos parte de Mesoamérica, que fácilmente podría considerarse una región supracomunitaria.

Más al sur, hay una idea que llamamos América Latina, que comparte varias características con Mesoamérica, pero que no es tan parecida como muchos gustan pensar. Es claro que tenemos el mismo idioma, y que predomina en todos la misma religión, pero la historia ya no es tan común. Algunos países cuentan con una fuerte presencia indígena, otros no; algunos tuvieron inmigración africana considerable; algunos recibieron una nueva oleada de inmigración a fines del siglo XIX, que ha conformado una nueva comunidad. Cualquier intento de clasificar a las naciones sudamericanas bajo estos criterios está condenado al fracaso, y sería incluso peligroso. Lo relevante para el tema que tratamos es insistir en que la idea de "identidad latinoamericana" es una creación intelectual, no una realidad social.

### **Espacios de integración para México**

Con base en lo que hemos revisado, parece que no es posible hablar de integración entre América Latina y algún otro ente, puesto que el primero no existe. Es, sin duda, pertinente hablar de las experiencias de integración de naciones latinoamericanas, entre sí y con otras naciones o regiones.



En el caso específico de México, aunque tenemos acuerdos comerciales o económicos con decenas de países, el único proceso de integración que se puede percibir es con Norteamérica. Esto no significa que éste sea el proceso óptimo o deseable, sino sólo que es el único que podemos observar que avanza.

Por lo que hemos comentado sobre México, es claro que la integración con Norteamérica es un caso de asociación de comunidades, lo que exige un proceso de fusión de instituciones que no es nada sencillo. Para evitar confusiones, aclaro que utilizo el concepto institución como las “reglas, formales o informales, que determinan el comportamiento en la sociedad”. Así pues, al hablar de un proceso de fusión de instituciones me refiero a la construcción de

una cultura común, es decir, de la comunidad imaginaria.

Un proceso de integración más sencillo, incluso podríamos decir más natural, podría darse en Mesoamérica. Es evidente que el corte interno de México no permitiría constituir una supracomunidad de inmediato. Sin embargo, el obstáculo más importante para este proceso es de carácter económico. La economía nos integra a Norteamérica y obstaculiza la integración mesoamericana. La cultura, las instituciones, nos complican ambos procesos.

### **Migración e integración**

Añado un tema: la migración. Ésta puede favorecer, en el largo plazo, los procesos de integración, aunque puede actuar en sentido contrario en el corto plazo. En primer lugar, México ha vivido en los últimos treinta años un cambio signifi-

cativo en los patrones de migración interna, que tiene un efecto significativo en el corte interno del que hemos hablado. Desde fines de los setenta, la migración hacia el altiplano se ha reducido y ha cambiado su rumbo hacia el norte del país, no sólo a Estados Unidos sino que, más recientemente, hacia los desarrollos turísticos, principalmente en Quintana Roo y Baja California Sur.

La migración interna en México es un elemento muy relevante en el proceso de constitución de una sola comunidad imaginaria, probablemente más importante que el sistema educativo, que desde hace tres décadas parece haber perdido su capacidad de transmitir un imaginario histórico común. Por ejemplo, en primeros acercamientos parece existir un incremento significativo en el consumo de

tortilla en el norte del país y en las regiones turísticas mencionadas. Y aunque la gastronomía no engloba toda la cultura, es sin duda una buena puerta de entrada.

Por otra parte, la migración de mexicanos a Estados Unidos, que sin duda se ha incrementado notoriamente en los últimos 25 años, no ha constituido una comunidad separada en ese país. La velocidad del movimiento puede dar esa impresión, pero todo parece indicar que, al igual que ha ocurrido con otras migraciones a ese país, el proceso de integración cultural a partir de la segunda generación es considerable.

### Escenarios de integración

Las posibilidades de integración de México, según hemos visto, se reducen a dos regiones: Norteamérica y Mesoamérica. Hablar de integración latinoamericana, fuera de servir como discurso para las galerías, no tiene mayor relevancia. Pero estos dos casos específicos son muy relevantes.

Un proceso de integración de México y Centroamérica en una sola región cuenta con la ventaja de una base cultural compartida, pero la desventaja de que esa base cultural no ha mostrado ser útil para el desarrollo económico. Lo que compartimos, la construcción cultural colonial, es lo que nos impide competir. Por el otro lado, un proceso de integración en Norteamérica resulta extrema-


damente difícil por cuestiones culturales, en particular para la región central de México, la más anti-estadunidense.

En el fondo, las dificultades que México pueda presentar en materia de integración son, en realidad, problemas internos de México. A casi doscientos años del inicio de la guerra de Independencia, este país no ha podido establecer una idea común. Los dos regímenes políticos que hemos tenido en estos dos siglos han sido imposiciones de grupos ganadores de guerras civiles, que han contado con el apoyo de algunos, pero con el rechazo de otros. No hemos construido una comunidad imaginaria sólida en México, de forma que nuestro nacionalismo tiene que sostenerse en fetiches, como el petróleo o el maíz.

México no es capaz de entrar seriamente a procesos de integración porque está inseguro de su identidad. México es un país de adolescentes perpetuos, incapaces de adquirir compromisos. No se puede esperar otra cosa de un país que ha vivido prácticamente toda su historia bajo regímenes autoritarios, especialmente el surgido de la Revolución, que construyó una losa cultural sobre la cual legitimarse. El nacionalismo revolucionario, xenófobo, fetichista, colonial, mantuvo a los mexicanos en esa adolescencia sin fin.

La integración de naciones es un proceso propio de la se-

gunda mitad del siglo XX, como lo es la economía del conocimiento, entre otros fenómenos. Para participar en ellos es imprescindible contar con una sociedad, con un marco institucional, propios de esta época. Sin la renovación profunda de las instituciones sociales en México, no es posible pensar en integración, como no es posible pensar en tener éxito en la nueva economía.

En el caso de México, cualquier proceso de integración debe comenzar por la construcción de una comunidad imaginaria diferente, que le permita a este país ser una nación democrática, competitiva y justa. Hasta entonces, será poco lo que podamos lograr. 

### Referencias

- Anderson, Benedict. (1993) *Comunidades Imaginarias*. México: FCE, breviaros.
- Hobsbawm, Eric J. (1992) *Nations and Nationalism since 1780*. 2nd ed. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- North, Douglass C. (1993) *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. FCE. México.
- Schettino, M. (2007) *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, Taurus.
- Schettino, M. (2003) *Del nacionalismo revolucionario al nacionalismo mexicano*, ponencia inédita.